



HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

FIESTA DE LA ROSA

Convento de los PP. Dominicos. Jerez de la Frontera, 16 de mayo de 2010

Queridos PP Dominicos; hermanos/as en el Señor y devotos en esta hermosa advocación de la Virgen.:

Celebrando hoy la Ascensión a los cielos de Nuestro Señor Jesucristo, nos hemos reunido en torno a **“Nuestra Señora del Rosario de los Montañeses”** para conmemorar el 150º aniversario de la fiesta de la rosa. Teniendo presente que el título de Nuestra Señora del Rosario evoca una **“corona de rosas”** que el cristiano va formando para la Virgen con cada **“Ave María”** podemos entender que en el mes de Mayo -el mes de María-, se contemplara esta **“fiesta de la Rosa”** que nos sitúa ante la veneración de nuestra Madre del cielo.

Nos dirigimos a Ella para que, conforme a su título del **Rosario**, nos ayude a participar conscientemente en los **misterios** de la vida, muerte, y resurrección de Cristo. Porque, como nos dijo el Concilio: **“El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado”**.

La fiesta cristológica que hoy celebra la Iglesia la evocamos cada día en el segundo de los **Misterios Gloriosos** de la oración que dedicamos a la Virgen María. Y los misterios de Cristo que rezamos en el Santo Rosario se actualizan y hacen presente nuestra salvación sobre todo en la celebración eucarística. La Virgen, por tanto, nos ayuda a contemplar nuestra vida a la luz de la victoria de Cristo Resucitado, que hoy resplandece con fuerza en la celebración de la Ascensión de Nuestro Señor.

Jesús sube al cielo. Jesús sube al Padre. Así se lo anunció a María Magdalena: **“vete donde mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”**. Mira a Cristo ascender y descubre la gloria de Dios. Subiendo a los cielos nos muestra esa gloria o esencia de Dios: un Dios cercano, un Dios **“Padre rico en misericordia y amor”**. Un Dios que no nos abandona nunca. Un Dios que quiere la plenitud y la construcción de un mundo nuevo donde reine el amor, la verdad, la justicia y la paz.

Jesús sube al cielo. Pero el trato con el Señor va a seguir siendo una relación personal; un encuentro de Tú a tú, no ya por los caminos de Galilea sino que va a ser a través del Espíritu Santo. ¡Qué maravilla: la Ascensión nos introduce en una dimensión nueva del encuentro con el Señor. Jesús se va pero al mismo tiempo se queda: **“he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”**.

Podríamos parafrasear el Salmo diciendo: **“¿Qué pueblo tiene un Dios tan cercano como nosotros?”. Efectivamente, Jesús sube al cielo pero baja hasta nosotros cada vez que el sacerdote en la Eucaristía dice: “Esto es mi Cuerpo”, “Esta es mi Sangre”**.

Por eso es el encuentro con Jesús resucitado el que nos tiene que llevar a ser sus testigos ante el mundo entero. La Iglesia vive de esta promesa y con esta misión: **“seréis mis testigos”**, que la lleva a anunciar que la última palabra no la tiene el mal; y que nos lanza a construir un mundo más humano.

A defender a los inocentes que no tienen voz para reclamar su derecho a la vida: a los

moribundos, fetos y niños abandonados. A ir creando espacios de amor donde puedan reclinar la cabeza tantos necesitados de amor y misericordia. A no callar ante la mentira de este mundo que quiere imponer un materialismo salvaje, seduciendo a los jóvenes con una pseudo-libertad reducida a dejarse llevar por los deseos y el placer.

El Señor asciende a los cielos. Pero la Iglesia continúa su misión impulsada por el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo. Anunciando y haciendo presente el **“Reino de Dios”**, para que se pueda vivir **“en la tierra como en el cielo”**, -como rezamos diariamente en el Padre Nuestro.

Para que tantos niños puedan crecer en una familia que cree en el amor, en la fidelidad y en la entrega. Para que aparezcan hombres y mujeres dispuestos a dar su vida sirviendo a los más necesitados y muchos jóvenes crezcan en la verdad del amor, de la amistad verdadera y de la solidaridad. En definitiva, hermanos, Cristo ha ascendido a los cielos para proclamar el triunfo de la verdad, de la humildad y del amor.

“Viviremos con El”, nos dice San Pablo. En Efecto, la Ascensión es un canto a la esperanza. Nuestra Cabeza ha triunfado y si la Cabeza ha entrado en el cielo quiere decir que todos nosotros, miembros de su Cuerpo, si permanecemos unidos a Cristo entraremos y alcanzaremos también la misma gloria.

Por último, recordemos las palabras de Jesús en su Ascensión al cielo: la promesa del Espíritu Santo. Los Apóstoles volvieron al Cenáculo y aguardaron su venida reunidos en torno a la Virgen María. La Virgen, testigo de la acción del Espíritu en su vida, es ahora la Madre que intercede por todos. Toda la Iglesia vive, pues, esta semana en la espera pentecostal, orando junto a María, la **“Virgen orante”**.

Acojámonos nosotros también a esta Rosa bendita de la **Virgen del Rosario**, que precisamente comenzó llamándose **“de la Victoria”**: Ella, pues, nos anima a todos y nos lanza a desafiar al materialismo ateo y nos alienta a no tener miedo pues **“la victoria final es de nuestro Dios y del Cordero”**.

Ese es un aspecto importante del mensaje que el Santo Padre ha transmitido en Portugal y que puede recoger lo que significa para nosotros esta celebración del 150º aniversario: dar gracias por la fidelidad vivida en este tiempo y no rechazar la tradición, pues sólo un pueblo cimentado en sus raíces puede mirar al futuro con esperanza. Así sea.

+ **José Mazuelos Pérez**
Obispo de Asidonia-Jerez